

que entran en consideración para la obtención del Derecho, los datos múltiples previos que se derivan de la «naturaleza de las cosas», constituyen una categoría accesible a la capacidad humana general del conocimiento, a saber, al conocimiento del ser; igualmente los contenidos valorativos de la idea del Derecho, las líneas directrices del principio de justicia y de la seguridad jurídica, las tendencias finales de las instituciones jurídicas y de la practicabilidad, se manifiestan como contenidos de voluntad y de representación de significación suprasubjetiva.

Recordando las «fuerzas polares» de Arthur Kaufmann, señala Henkel que al caracterizar a la solución jurídica de «objetiva» se evita, por lo demás, la errónea afirmación de la «absolutidad», así como de la «relatividad» del Derecho. En los factores orientadores de la conformación del Derecho existen contenidos de significación y vigencia supratemporal junto a otros de condicionamiento histórico-espacial. Con su ensamble y con su variada influencia sobre el contenido jurídico éste incorpora momentos de una y otra índole. Por tanto, en la estructura del Derecho se hallan fundidos entre sí *absolutidad y relatividad, permanencia y mutabilidad* en una inabarcable variedad de elementos (pág. 692).

ANTONIO EZEQUIEL GÓNZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.

HILDEBRAND, Dietrich von: *El caballo de Troya en la Ciudad de Dios*. Fax. Madrid, 1969. 286 págs. (Traducción de C. Ruiz-Garrido.)

Ardua y hasta desagradable, pero muy importante, es la tarea que el autor se ha propuesto al escribir este libro: poner en guardia a los católicos contra las múltiples desviaciones y falsos profetismos que abundan en nuestros días dentro de la Iglesia posconciliar.

La postura básica de Hildebrand—expuesta con nervio, lucidez y hasta «pasión» por la verdad—es la siguiente: todo simplismo en la interpretación y realización de la doctrina católica preconiliar, conciliar y posconciliar es peligroso y se presta a múltiples errores gravísimos, si es que no los lleva expresamente en sí mismo. Las interpretaciones «dialécticas» de la intrahistoria y el presente de la Iglesia pueden ser funestas para la verdad de su doctrina y su moral. Ciertamente que la Iglesia, en cuanto institución y comunidad integrada *también* por hombres, ha podido contagiarse de influencias y debilidades nocivas debidas *al medio* en que vive y actúa, pero eso no justifica actitudes doctrinales y prácticas radicales que rehuyen todo intento de purificar a la Iglesia de incrustaciones socio-históricas nocivas y olvidos parciales (actitud de los conservaduristas a ultranza); o que confunden una verdad incompleta con un error total y para encontrar lo que creen verdad completa sustituyen la doctrina tradicional y el magisterio conciliar por afirmaciones y posturas contrarias que centrifugan la verdad, trastocando el orden y la jerarquía de los valores e instituciones de la Iglesia (actitud de los progresistas a ultranza).

Hildebrand demuestra punto por punto—examinando las actitudes

opuestas que defienden hoy dentro de la Iglesia unos y otros sobre el matrimonio, el amor al prójimo y a Dios, papel y función de los bienes naturales, autoridad, libertad y libertad de conciencia, relaciones de la ciencia y la filosofía con la fe, etc,—que la «ley de los contrarios» lleva siempre al error sustancial, pues una verdad incompleta no se la completa yéndose al extremo opuesto, que será siempre un error, sino recogiendo el contenido parcial de verdad que contenía e integrándolo en las nuevas perspectivas y posibilidades de valor que se vayan descubriendo. La doctrina y la moral católica no avanzan por movimientos pendulares—de extremo a extremo—, sino incorporando o dando a luz nuevas dimensiones de verdad y valor que completan a las anteriores. El máximo peligro que acecha hoy a la ciudad de Dios, su caballo de Troya según Hildebrand, es olvidarse de que su carácter, misión y valor esencial reside en lo *sobrenatural* y querer sustituir el amor a Dios y el ascetismo o la mística en lucha por la gloria de Dios y salvación y santificación de las almas—querer sustituirlo, repito—, por activismos a ultranza, por benevolencias humanísticas, por «místicas» del progreso y la evolución, del irenismo y del Paraíso Terrenal, de la ciencia y la técnica, de una humanidad y un «mundo» sin Dios en el centro.

La lectura de este libro es dolorosa y hasta traumática, como una verdadera operación quirúrgica, pero enormemente aleccionadora y provechosa. Al recensionista le han dolido especialmente las condenas tajantes, totales y sin paliativos de ninguna clase que Hildebrand formula respecto a Teilhard de Chardin en el «cuerpo» de la obra y en el Apéndice dedicado al mismo (al que conceptúa como uno de los más funestos «falsos profetas» de nuestros días). Anatemas parecidos dedica Hildebrand a Rahner y otros autores y movimientos. La polémica sobre Teilhard de Chardin seguirá años y años: su lectura es difícil y el simbolismo apasionante de su terminología y sus intuiciones se presta a malentendidos y errores de todo género. Pero no creo que la interpretación que se da a su doctrina en este libro sea la única posible y mucho menos la más auténtica ni clarividente. El oficio de «inquisidor» y cirujano implica riesgos de este tipo: cortar lo sano queriendo cortar por lo sano. Doloroso oficio para él y para sus víctimas o pacientes.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

HOFSTADTER, Richard: *Antiintellectualismo en la vida norteamericana*. Tecnos. Madrid, 1969. 405 págs. (Trad. F. Fernández de Castillo.)

Una gran obra de autocrítica y una elocuente radiografía de la sociedad norteamericana. La perspectiva unitaria y concreta del antiintellectualismo permite al autor penetrar con su estilete mental en los tejidos más vivos y profundos del cuerpo social de su país y labrarnos así un diagnóstico clarividente a través del análisis de la que es una de sus características no sólo más sintomáticas, sino incluso más consustanciales. A la sinceridad del enfoque y del planteamiento hay que sumar la autenticidad y riqueza testimonial de la interpretación.